

Pietat Estany Licenciada en Filología

Catalana. Publica *Estimades amigues*, sus vivencias como redactora durante la transición del programa *El consultorio de Elena Francis*.

«El programa de Elena Francis era muy cursi»



HELENA GARCIA MELERO



—¿Cómo entró a trabajar en el consultorio de Elena Francis?

—Era el año 1975. Siempre me había gustado escribir, estaba casada, tenía tres hijos y hacía tiempo que quería trabajar, pero sin moverme de casa. Ya sabe, cosas de la mentalidad de la época. Empecé a buscar trabajo en los periódicos, pero todo lo que encontraba era como cosedora o labores relacionadas con las manualidades. Hasta que un día apareció un anuncio donde se pedía a una persona que le gustara escribir.

—Y llamó.

—Sí. Me hicieron una entrevista, me preguntaron sobre cuestiones sociales y al cabo de unos días me volvieron a llamar. Fue entonces cuando me preguntaron si conocía el consultorio radiofónico de Elena Francis. Y me quedé petrificada. Porque a mí ese programa me parecía cursi y ridículo.

—¿Qué había de hacer usted?

—Contestar a todas las cartas que por su temática no se respondían en antena. Y me dieron unas cartas para que empezara a probar.

—¿Y cómo fue?

—De entrada, me horroricé. Eran cartas ilegibles, escritas por mujeres de muy bajo nivel, donde se contaban dramas terribles. Ahora, en la tele, la agente cuenta sus miserias, pero en aquella época figuraba que esto no sucedía.

—Figuraba...

—Sucedía exactamente igual que ahora. Entonces descubrí, a través de esas cartas, un submundo.

—¿Qué cartas no podían salir por antena?

—Los temas tabú eran todos los relacionados con cuestiones sexuales, los maltratos, los problemas de alcoholismo que se vivían en muchas familias...

—¿Y las cartas que se radiaban?

—Eran las típicas de «mi marido no me quiere», «mi marido tiene una fulana» o mi «marido no me hace caso». Cosas triviales y ridículas.

—¿Cómo eran sus respuestas?

—No era fácil responder. Por un lado, no quería caer en el estilo falso y dulzón del programa. Por otro, mi intención era decir lo que me parecía. Pero luego venía la realidad, y es que eran unos problemas que no tenían solución. Las mujeres vivían con la boca sellada. Y yo solo podía darles afecto. Era muy triste.

—¿Y no guarda ninguna de esas cartas?

—No. No podía. Aquellas cartas me quemaban los dedos. Detrás de cada una de ellas había la historia íntima de una mujer, un drama y una esperanza. El libro lo he hecho expresando la memoria.

—Y lo que son las cosas, un día recibió una carta de una vecina suya...

—Fue muy fuerte. Con ella solo tenía una relación de «hola, buenos días».

—¿Qué le contaba?

—Que ella engañaba al marido. Luego, cuando me la encontraba en el

La confidente

A Pietat Estany (Barcelona 1937) le gustaba escribir y, siendo ama de casa, encontró trabajo como redactora de las cartas censuradas del consultorio de Elena Francis. Desde el anonimato dedicó ocho años a dar afecto a miles de mujeres desconsoladas que le escribían. Como de joven sus padres no la dejaron hacer ni el bachillerato, de mayor se puso a estudiar y a los 58 se licenció en Filología Catalana. Fue para ella como un ajuste de cuentas tras años de opresión a la cultura catalana.

ascensor, no sabía dónde mirar... Tenía mala conciencia. Pero, claro, le tuve que contestar la carta como a las demás mujeres.

—Y los hombres, ¿no escribían?

—Mucho menos. Los que más, los homosexuales. En aquella época no lo podían decir a nadie, ni a los padres, ni a un amigo.

—Y usted, ¿qué les decía?

—Que se aceptaran a sí mismos, que tuvieran relaciones si podían y que

no pasaba nada... Pero sí que pasaba, porque tampoco les podía decir «da el paso y sal del armario», porque les hubieran tirado piedras.

—¿Le controlaban sus cartas?

—Había de enseñar las cartas al consultorio y en alguna ocasión, supongo que por influencia del cura, una señora que trabajaba allí me aconsejó que no fuera tan abierta. Por ejemplo, en temas relacionados con la masturbación, me sugerían que disimulara, que dijera a los oyentes que no se masturbaban, pero siempre apelé a mi responsabilidad.

—¿Cuáles eran los peores dramas?

—Las violaciones de jóvenes por parte del padre o el hermano. Esas cartas me hacían mucho daño. Me horrorizaba al leer que las chicas ponían en el mismo saco el no ser vírgenes y el haber sido violadas. Les preocupaba tanto una cosa como la otra.

—¿La víctima principal de la época era la mujer?

—Ya lo creo. Mujeres solas que habían entregado toda una vida a la familia y no tenían horizonte.

—¿Por qué el programa decidió responder a todas las cartas?

—Nadie sabía que las cartas se respondían. Pero quizá eso fue parte del éxito. El día que se dijo que se cerraba el consultorio fue un drama nacional. Se recibieron miles de cartas de toda España. Los oyentes se sintieron huérfanos.

—¿Conoció a Juan Soto Viñolo, guionista de las cartas radiadas?

—Cuesta de creer. Sabía de su existencia, pero no coincidí nunca con él. Yo trabajaba desde casa. ≡